

Cuidados comunitarios, ejercicios de resiliencia y resistencia en mujeres de la región de La Araucanía

Community care, practices of resilience and resistance among women in the La Araucanía Region

Alba Zambrano Constanzo

Maria Antonieta Campos Melo

Universidad de la Frontera (Chile)

Resumen. Chile es un país con inequidades sociales importantes producto de un modelo extremadamente liberal en lo económico (García y Pérez, 2017). Estas inequidades, se expresan con particular crudeza en la región de La Araucanía, en donde los indicadores de desarrollo humano muestran importantes brechas respecto de las otras regiones de Chile. Altos índices de pobreza y diversos problemas de acceso a derechos básicos. Las mujeres son las principales afectadas por esta situación, especialmente las mujeres indígenas que viven en el espacio rural. Ello pues la estructura social las ubica en condiciones de mayor vulnerabilidad social y económica, al tiempo que las deja como responsables de los cuidados de niños, niñas y adolescentes, así como también de personas mayores, imponiéndoles alta sobrecarga. En el artículo se analizan las trayectorias de mujeres organizadas y lideresas de barrios en condiciones de vulnerabilidad social y de comunidades indígenas de la región de la Araucanía, Chile, identificando las formas que adoptan sus estrategias de organización y liderazgo en contextos marcados por relaciones patriarcales y coloniales, adversidad social y violencia. A partir de los relatos de mujeres de áreas urbanas y rurales obtenidos mediante entrevistas individuales, grupales y observación participante se analizan desde la psicología comunitaria y el feminismo latinoamericano, las trayectorias de vida, organización, liderazgos comunitarios y procesos de empoderamiento. Desde una perspectiva política, se analizan las relaciones de poder cotidianas y los vínculos que se establecen con los programas de la política pública y los gobiernos locales para reivindicar derechos e influir en la toma de decisiones. Se identifican me-

canismos comunes en las mujeres, que muchas veces transitan desde experiencias vitales marcadas por la privación de oportunidades y violencia patriarcal y estructural, hacia formas de organizaciones solidarias, de apoyo mutuo, de cuidados comunitarios y lucha reivindicativa. Se concluye que hay formas de liderazgo y organización comunitaria que recogen el legado de relaciones entre mujeres, adoptando perfiles contraculturales que permiten sostener la vida y las relaciones en realidades tensionadas por la violencia patriarcal y estatal.

Palabras clave: liderazgo comunitario; cuidado comunitario; resiliencia; resistencia.

Abstract. Chile is a country with significant social inequalities, largely attributed to an extremely liberal economic model (García y Pérez, 2017). These inequalities are expressed with particular harshness in the La Araucanía region, where human development indicators reveal substantial gaps compared to other Chilean regions. High poverty rates and various challenges related to access to basic rights are prevalent in the region. Women are the main group affected by this situation, especially indigenous women living in rural areas. This happens due to the social structure that places them in conditions of greater social and economic vulnerability, while also leaving them responsible for the care of children, adolescents, and elderly people, thus imposing a high burden on them. This article analyses the trajectories of organized women and female leaders of neighbourhoods with social vulnerability, and of indigenous communities in the La Araucanía region of Chile. The study identifies the forms that their organization and leadership strategies take in contexts marked by patriarchal and colonial relations, social adversity and violence. The stories of women from urban and rural areas were collected through individual and group interviews, as well as participant observation. From this, life trajectories, social organization, community leadership and empowerment processes were analysed from the perspective of community psychology and Latin American feminism. From a political approach, power relations in everyday life are analysed, as well as the relationships established with public policy programs and the local government to claim rights and influence decision-making. Common mechanisms are identified among women who move from life experiences marked by a lack of opportunities and patriarchal and structural violence, to forms of solidarity organization, mutual support, community care and struggle for their rights. It is concluded that there are forms of community leadership and organization that reflect the legacy of relationships among women, adopting counter-cultural profiles that allow sustaining life and bonds in realities strained by patriarchal and state violence.

Keywords: community leadership; community care; resilience; resistance.

Introducción

Los seres humanos somos la especie más vulnerable y frágil, requiriendo de la interacción y de los cuidados de otras personas a lo largo de nuestra existencia, especialmente en las etapas más tempranas, para mantenernos con vida y desarrollarnos. Los cuidados se organizan socialmente, participando en ellos la familia, la comunidad y una diversidad de instituciones, así como también el Estado.

Sin embargo, la construcción sociocultural ha eliminado al cuidado como eje articulador de la vida social y económica. Se le entiende como parte de la denominada economía reproductiva, dimensión subordinada a la economía productiva, y por tanto invisibilizada; ella implica un trabajo que no es reconocido, valorado, ni remunerado. Se encuentra fundamentalmente a cargo de las mujeres, especialmente en el espacio privado de la familia (Cantilo, Lleopart y Ezquerra; 2018).

Los estudios de género han mostrado cómo las tareas que ocurren en el ámbito doméstico son imprescindibles para el funcionamiento del sistema económico y para el bienestar social de las personas. Las mujeres, en diversos espacios sociales y culturales, se han orientado desde y hacia el cuidado del otro/a, jugando un rol preponderante aún en situaciones que no cuentan con condiciones para el respeto de los derechos humanos. Ello lo hace otorgándole en la práctica un rol central a los vínculos, ayudando con el quehacer de los cuidados diarios a sostener la vida de otras y otros.

Un conjunto de transformaciones sociales y económicas, así como la sucesión de diversas crisis han dado paso al cuestionamiento del cuidado como una misión propia y exclusiva de las mujeres. Nos encontramos enfrentando crisis diferentes, interconectadas y superpuestas que amenazan no sólo el bienestar individual y social, sino la propia sostenibilidad del planeta y de nuestras vidas en él (Kagan, Akhurst, Alfaro, Lawthom, Richards y Zambrano, 2022). Estas múltiples crisis (económica, política, sociocultural y ecológica), redundan en resurgimiento de políticas populistas autoritarias, nacionalistas y xenófobas en todo el mundo. Además, enfrentamos una clara disminución de la equidad social y una concentración del poder y de los recursos en manos de una minoría.

La expansión de las políticas neoliberales con la reducción de la inversión pública en servicios sociales, ha disminuido de modo dramático la presencia de lo público afectando la disponibilidad de bienes comunes para las y los ciudadanos, especialmente para aquellos grupos en condición de desventaja o exclusión. Otros procesos, como el aumento de la esperanza de vida y el envejecimiento demográfico; la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral (Galvéz y Rodríguez-Modroño, 2016) y la erosión de la comunidad como agente activo en el intercambio de cuidados, y

por consiguiente la individualización del riesgo, conllevan una fuerte crisis de los cuidados.

En diferentes contextos y realidades se hace evidente que los cuidados a las personas y sus entornos no son suficientes para garantizar el desarrollo humano, por lo que debemos replantear las bases sobre las que se organiza el sostenimiento en un sentido más amplio (Vega, Martínez y Paredes, 2018).

En consecuencia, los cuidados en la actualidad no son un elemento central de las políticas públicas ni de los debates socioeconómicos, como tampoco de la reflexión colectiva, más aún, las crisis recientes vuelven a poner en evidencia la falta de democratización de los cuidados no sólo al interior de las familias, sino que también en el espacio más amplio de la comunidad.

El feminismo ha puesto de manifiesto la necesidad de revalorizar y redistribuir las labores de cuidado, lo que conlleva que el cuidado sea asumido como una responsabilidad colectiva que debe vertebrar la construcción de una sociedad más justa y más democrática. La realidad nos muestra que las mujeres continúan teniendo un rol preponderante en diferentes momentos del ciclo vital y también en situaciones de enfermedad o adversidad de los integrantes de la familia. Este ámbito del cuidado, habitualmente privado, invisibilizado y de menor valor social, enlaza con un fuerte impacto en el mercado laboral remunerado, en donde las mujeres continúan en situación de mayor precariedad que los hombres por tener que responder en el ámbito reproductivo, entre otras razones. Los datos son contundentes en mostrar cómo la carga de cuidados se vincula a menores remuneraciones y más frágil situación contractual, lo que conduce a la feminización de la pobreza (Cantilo, Lleopart y Ezquerra; 2018).

Proveer de cuidados supone atender a las personas y los contextos en los que ellas se desarrollan. Puesto que estos cuidados son posibles a partir de diversos arreglos en los que intervienen variados actores sociales y entidades, es relevante en las sociedades contemporáneas problematizar la relación entre Estado, mercado, comunidades y familias y su capacidad articulada para constituirse en sistemas efectivos de provisión de cuidados (Vega, Martínez y Paredes, 2018).

Por la relevancia de los cuidados para el sostenimiento y desarrollo de las personas, y con el fin de erradicar las desigualdades sociales, tanto respecto de quienes los reciben, como de quienes concentran la responsabilidad de los cuidados, se requiere que los cuidados sean asumidos como una responsabilidad colectiva. Para ello, las sociedades deben dotarse de una organización social para la acción política en esta materia (Cantilo, Lleopart y Ezquerra; 2018).

En esta dirección, la politización de los cuidados, es planteada por los feminismos como un aspecto clave para avanzar. Esto supone que los cui-

dados se constituyan en objeto de la política pública de modo de abordar las desigualdades sociales que generan que la reproducción de la vida sea una dimensión subordinada a la dimensión productiva, cuestión sustantiva de una sociedad capitalista y patriarcal. El cuidado es un derecho y debe ser garantizado y, por tanto, gestionado de forma colectiva.

Cuidados Comunitarios en Tiempos de Crisis

En distintos contextos de precariedad y variadas crisis, especialmente en América Latina, proliferan respuestas diversas para enfrentar las necesidades básicas. Las comunidades generan estrategias de sobrevivencia y resistencia que adoptan diferentes formas de acuerdo a las características de las comunidades, naturaleza de las crisis, en función de cuan debilitados están los sistemas de cuidado y cuánta presencia real tiene el Estado y los gobiernos locales en ellas.

De acuerdo a Vega-Solis (2019), los cuidados provistos por redes de vecindad y solidaridad, que están habitualmente invisibilizadas, adoptan expresiones heterogéneas y suelen ser el resultado de procesos híbridos entre la familia, la comunidad, el Estado y el mercado. Entre las acciones colectivas que se pueden apreciar se encuentran: ollas comunes, brigadas de salud, provisión de canastas de mercaderías, entre otras muchas más (Zambrano, Chacón, Sanhueza y Campos, 2022).

Si bien estos cuidados pueden hacerse visibles en períodos de mayor crisis o desastres naturales (Rivera, Velázquez y Morete, 2014), tienen como sustrato mecanismos más estables de articulación que permiten sostener la vida cotidiana en espacios de limitado acceso a recursos. Estos procesos psicosociales se van urdiendo a través de las trayectorias de estas comunidades en la cotidianidad, en relaciones de apoyo, ayuda mutua y solidaridad que se construyen a partir de una historia compartida, un espacio común y una identidad social que se va configurando a través del tiempo. Por tanto, aunque los cuidados pueden hacerse más visibles en períodos de aguda crisis, la vivencia compartida en una matriz de vida adversa y con limitadas oportunidades nos manifiestan mecanismos creativos de resistencia y resiliencia, en donde los cuidados entre sus integrantes cobran un rol de relevancia.

En estos espacios, las mujeres tienen un rol fundamental para sostener la vida a pesar de las precariedades que ellas mismas enfrentan, brindando y haciendo posible los cuidados comunitarios. Las tramas comunitarias que ellas producen, se ponen de manifiesto tanto en la vida cotidiana como en aquellos eventos que suponen un punto de inflexión, pero que sin duda también contienen las condiciones más estables de exclusión, falta de oportunidades y limitaciones para el desarrollo. De este modo, los eventos críticos como las catástrofes o pandemia, sólo son una expresión más aguda de la situación de permanente crisis que enfrentan las comu-

nidades, y pueden ser asumidas como una suerte de “anализador” (Rodríguez-Villasante, 2007) de la estructura de exclusión y de opresión que ellas enfrentan. Del mismo modo, puede ayudar a visibilizar roles que las mujeres desempeñan cotidianamente, sin contar con el protagonismo y valoración que eventualmente en las crisis pueden adoptar.

Variadas experiencias se levantan como resistencias, no sólo reactivas a la crisis actual, sino como respuesta consolidada a la histórica relación de colonialidad (Lugones, 2003) que las comunidades marginalizadas en nuestro continente han organizado por generaciones. Estas experiencias nos invitan a legitimar el conocimiento colectivo cotidiano, la capacidad de gestión de los liderazgos comunitarios y hacerlo parte del conocimiento práctico sobre “lo público” o sobre cómo enfrentar los problemas públicos.

La Crisis de los Sistemas de Cuidado en Chile

En Chile, el modelo institucional y económico vigente ha estado al servicio de la mantención de privilegios para una élite. La concentración de la riqueza en un pequeño grupo ha estado siempre presente en la historia del país y durante los 17 años de dictadura (1973-1990) se generaron condiciones para aumentar la distancia entre los grupos sociales. Durante este período, fueron implementadas un conjunto de medidas económicas que sentaron las bases de la instauración del modelo neoliberal. Privatizaciones, liberalización económica, desregulación, subsidiaridad del Estado, apertura a la competencia internacional, flexibilidad laboral, pasaron a formar parte de los mecanismos que transformaron radicalmente al país. La aplicación del modelo produjo un rediseño de las fronteras entre el mercado y el Estado, generando profundas transformaciones entre los grupos sociales (Araujo, Marinho y Campêlo, 2017). Este modelo favoreció que pequeños grupos acumularan poder y riqueza, generando una subordinación de la política a estos grupos económicos que se han consolidado en Chile (Contardo, 2020).

En materia de políticas sociales y económicas, prima un modelo liberal, caracterizado por un acelerado desplazamiento desde el Estado a la prestación privada de servicios, en particular de salud, educación y pensiones; e informal por la fuerte presencia de los mecanismos informales de protección, en donde las familias y redes sociales cumplen un rol fundamental (Arriagada, 2010). Tal como acontece en el resto del continente latinoamericano, la organización de los cuidados en Chile tiene un carácter mixto. Esto es, puede ser efectuada por organismos públicos y privados y se realiza dentro y fuera de los hogares y las familias (Arriagada, 2010).

El debilitamiento de la corresponsabilidad, la privatización de los cuidados y un rol menos protagónico del Estado, nos ha conducido (junto a las tensiones generadas por diversas crisis) a que enfrentemos hoy en el país una profunda crisis de cuidados. Las más afectadas siguen siendo las

mujeres, en diferentes planos de la vida. Esta situación se vio agudizada tras la pandemia por COVID-19. Algunas evidencias de estos impactos son aportadas por estudios efectuados en el país durante el primer período de la crisis sanitaria.

Por ejemplo, el informe MOVID 19 (Monitoreo Nacional de Síntomas y Prácticas COVID-19 en Chile, 2020) señala que un 42% de las mujeres son cuidadoras de otros/as, tarea que deben compatibilizar simultáneamente con otras labores (situación también conocida como triple jornada laboral). En comparación, mientras un 22% de las mujeres ha aumentado más de 8 horas su carga diaria de cuidados, solo 13% de los hombres lo ha hecho. La brecha de género para el resto de las actividades domésticas (cocinar, limpiar, hacer las compras, entre otros) es similar, intensificando la carga de trabajo de las mujeres.

Por su parte el estudio “Radiografía al hombre cero”, realizado por el Centro UC de Encuestas y Estudios Longitudinales en conjunto con ONU Mujeres y el Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género, reveló que, durante los primeros meses de pandemia, el 71% de los hombres le había dedicado 0 horas semanales al acompañamiento de sus hijos e hijas en tareas escolares (Bravo, Castillo y Hughes, 2020).

Antes de la pandemia, las cifras eran igualmente preocupantes: según la encuesta CASEN realizada en 2017, un 19,4% de las mujeres chilenas mayores de 15 años se encontraba fuera de la fuerza de trabajo por razones de cuidado o quehaceres domésticos mientras que sólo un 0,6% de los hombres estaban inactivos por esos motivos.

En el trabajo productivo las desigualdades también se mantienen, puesto que las mujeres se ven limitadas a ingresar al mercado laboral remunerado. Un 33,9% de las mujeres declara como razón principal para no insertarse en el mercado laboral, el tener que realizar labores familiares permanentes, como el trabajo doméstico y de cuidados no remunerados en sus hogares (INE, 2018).

Todas las áreas vinculadas al cuidado, actividades que habían sido desvalorizadas e invisibilizadas, pasaron a ser vitales durante este período de crisis. Gran parte de estas actividades han estado bajo la responsabilidad de las mujeres, particularmente de aquellas que comparten situaciones de vida menos ventajosas.

Resistencia y resiliencia: enfrentando cotidianamente la adversidad

Las ciencias sociales incorporaron el término de resiliencia a partir de los años 80 para describir a personas capaces de desarrollarse psicológicamente sanos a pesar de vivir en contextos de alto riesgo, como entornos de pobreza y familias multi problemáticas, situaciones de estrés prolongado, entre otras situaciones (Uriarte, 2010).

La resiliencia es aquella capacidad que tenemos las personas de asumir situaciones límite y poder sobreponernos a las mismas. Gracias a la resiliencia, no sólo somos capaces de afrontar los momentos difíciles de la vida, sino que también podemos salir fortalecidos y con nuevos aprendizajes. Es un proceso que requiere de flexibilidad para asumir las experiencias difíciles de modo de salir con éxito de esa adversidad.

El concepto, si bien surge para describir una capacidad individual, luego su uso ha sido extendido para referirse también a los grupos familiares o colectivos que son capaces de minimizar y sobreponerse a los efectos nocivos de las adversidades y los contextos desfavorecidos y deprivados socioculturalmente, de recuperarse tras haber sufrido experiencias traumáticas, tales como catástrofes naturales, epidemias, deportaciones, guerras civiles, campos de concentración, entre otros (Rutter, 1993). Las personas se transforman positivamente tras la experiencia de crisis. Incluye los procesos de regeneración, reconversión, reorganización personal y la apertura a las nuevas oportunidades surgidas a raíz de la crisis (Olabegoya, 2006).

Por su parte, el concepto de resistencia, puede ser entendido como fuerza personal o colectiva para mostrarnos más firmes ante la adversidad; capacidad de permanecer íntegro o íntegra frente al golpe o de soportar una situación difícil. Esto es, ser capaz de vivir y desarrollarse con normalidad en un entorno de riesgo que genera daños materiales y estrés (Uriarte, 2010). Más aún, en especial en aquellos espacios del mundo que han enfrentado profundos y vigentes procesos de colonización y colonialidad, el concepto cobra un sentido particular. Esta fuerza, representa para los pueblos o grupos subordinados o marginalizados no sólo una forma de imponerse a las crisis con decisión. Involucra además, la capacidad de resistir, tolerar u oponerse. En una perspectiva cultural, refiere el proceso de oposición sistemática a una asimilación homogeneizadora y reclamar por el derecho a tomar decisiones sobre sus propios recursos (Morales, 1993).

Lideresas comunitarias, entre la adversidad, la resiliencia y la resistencia

En lo que sigue, daremos cuenta de algunos resultados parciales de estudios efectuados por las autoras de este artículo, en la región de La Araucanía en Chile, que nos permiten a partir de la evidencia analizar el rol de las lideresas en los cuidados comunitarios en espacios urbanos y rurales. En el análisis de esos resultados pretendemos encontrar pistas para comprender los mecanismos de esos cuidados y cómo las mujeres a lo largo de sus trayectorias desarrollan ejercicios de resiliencia y resistencia, que le permiten constituirse en cuidadoras de otras personas, a pesar incluso de sus desgarradoras biografías. Esperamos también evidenciar las limitaciones que ofrece un sistema de cuidados sostenido exclusivamente por las

mujeres en los espacios de la familia y la comunidad, cuando la injusticia social y la violencia patriarcal reproducen y justifican las desigualdades, sin que medie una acción sistemática del Estado para avanzar en materia de justicia social y justicia de género.

El primer estudio forma parte de una investigación más amplia que busca caracterizar las dinámicas psicosociales comunitarias asociadas al fortalecimiento comunitario en diferentes barrios de Chile y Brasil. En específico aquí nos focalizamos en el ejercicio de liderazgo de mujeres que viven en barrios en condiciones de vulnerabilidad. Esperamos develar cómo las lideresas despliegan liderazgos en la lógica comunitaria, con un marcado sello de cuidados por las personas que integran las comunidades, en especial aquellas que se encuentran en una situación de mayor desventaja social, cultural y económica.

Buscamos analizar las características y las condiciones en que se despliegan los liderazgos sociales ejercidos por mujeres de comunidades urbanas en contexto de vulnerabilidad social y económica. Este estudio se viene desarrollando en tres barrios de la comuna de Temuco empleando un enfoque de investigación-acción-participativa. Empleando metodologías mixtas, que han combinado: observación participante, entrevistas, talleres participativos, aplicación de encuestas, devoluciones constantes, entre otras.

Los barrios se conforman en los años 80, en condiciones de mucha precariedad sin contar al inicio con todos los servicios básicos, las personas deben organizarse para obtener mejoras en sus condiciones de vida. En este período, se estrechan lazos comunitarios de ayuda mutua y surgen algunas organizaciones de base comunitaria. Una vez alcanzadas estas mejoras, son particularmente las personas adultas y adultas mayores quienes mantienen un fuerte sentido de comunidad y continúan con algunos niveles de participación y organización barrial.

En los tres barrios en que se desarrolla el estudio, debido a la pandemia los vínculos barriales se vieron seriamente afectados. Desdibujando en mayor o menor medida a las organizaciones comunitarias. Las organizaciones territoriales (Juntas de Vecinos) a través de las acciones de las dirigentes orientaron sus esfuerzos a responder a necesidades básicas, de apoyo y cuidado.

Las lideresas mayoritariamente son personas entre 40 y 70 años, con una fuerte dedicación a sus organizaciones y gestiones para alcanzar objetivos que en la mayor parte del tiempo consisten en conseguir recursos para espacios colectivos, para implementar actividades y solventar apoyo para las personas en mayor dificultad.

Los relatos de su vida se encuentran marcados por abusos, discriminación, malos tratos y falta de acceso a recursos para satisfacer sus necesidades básicas. Trayectorias de vida adversas, marcadas por la falta de

oportunidades de desarrollo. Señalan haberse visto expuestas a distintos tipos de violencia (clase, discriminación, estigma, de género, violencia doméstica). Se trata de una trayectoria marcada por experiencias traumáticas, historias de esfuerzos y de asumir -muchas de ellas muy tempranamente- responsabilidades en el cuidado de hermanos menores y familiares enfermos.

“Les digo a todos mis hijos que los amo... porque a mí nunca me lo dijeron”. (TSMVSE_ V4).

Se aprecia en la actualidad alta sobrecarga de cuidados (objetiva y subjetiva): cuidados de los hijos, pareja, padres, suegras, nietos, personas enfermas, entre otros. La mayoría ha tenido como principal actividad las labores domésticas, desarrollando otros oficios paralelos para apoyar o solventar totalmente la economía doméstica. Entre las actividades desarrolladas se cuenta: actividades de costuras, tejidos, desempeñarse como empleadas domésticas o en actividades de reciclaje, preparación y venta de mermeladas y comida.

“Una se ha convertido en todo: es mamá, es psicóloga, es enfermera, es pañuelo de lágrimas, las hacemos todas” (TSMVSE_ V3)

“Todos esperan tanto de nosotras: como dueñas de casa, como mamá, como esposa, al final...una está para todos, pero menos para una”. (TSMVSE_ V6)

Habiéndose desarrollado en una cultura patriarcal y con una fuerte influencia del cristianismo, muestran de modo predominante una visión tradicional del rol de la mujer. Sólo algunas mujeres, analizan las experiencias desde una perspectiva más crítica, identificando los efectos del patriarcado y buscan modificar sus roles e incluso su propia identidad de género.

La mayor parte de las lideresas, destacan por su capacidad de intermediación entre “el mundo de la comunidad”, donde predominan los vínculos horizontales y la colectividad, y el Estado. Especialmente en periodo de crisis, ellas son las que concentran los esfuerzos para atender las necesidades de las personas con más dificultades, reivindicando ante diferentes entidades del Estado el apoyo para miembros de la comunidad que lo requieren.

Se observa la preeminencia del rol de las lideresas mujeres en la mantención de los vínculos de apoyo mutuo durante la pandemia, y la rearticulación de los vínculos comunitarios a medida en que la situación de emergencia disminuye en su intensidad.

Las lideresas de los barrios tienen un importante manejo y experticia en las formas de vinculación con actores políticos locales, a través de los cuales pudieron gestionar y conseguir apoyo en el tiempo de pandemia (ca-

jas de alimentos, insumos médicos, etc.) para integrantes de sus comunidades que enfrentaban problemas económicos. En todo caso, la presencia del Estado durante el período es baja, restringiéndose a proveer de algunos recursos básicos. Ellas han aprendido a construir redes con diversos agentes de la política pública local, así como con políticos de variadas posiciones político partidarias. Lo central para ellas es obtener los recursos que la comunidad necesita.

Ellas estarían asumiendo un rol de mediación con el Estado, adoptando un rol estratégico para conseguir recursos para sus respectivas organizaciones y barrios. Este es un ejercicio característico de la gestión del hogar, donde han aprendido a lidiar con los recursos escasos y movilizar oportunidades de modo creativo.

Los niveles de protagonismo de las mujeres en los liderazgos comunitarios varían según los territorios, pero se mantiene una línea transversal en cuanto a la ética del cuidado. A pesar de sus trayectorias en que no han accedido a los cuidados necesarios en la infancia y adolescencia, enfrentando la mayoría de ellas situaciones de violencia de género, desarrollan una narrativa y acciones de cuidado de otros y otras. Explicitan que “no quieren que otras personas vivan lo que a ellas les tocó vivir”, por tanto, su esfuerzo se encuentra en ampliar oportunidades para otras personas.

A la sobrecarga que ellas experimentan en su hogar se suma un conjunto de tareas que emanan de sus organizaciones. Deben invertir bastante tiempo en gestiones con diferentes autoridades o profesionales de la política pública, así como organizar y ejecutar actividades. Disponen de escaso apoyo de otras y otros integrantes de la comunidad para concretar convocatorias, tareas e iniciativas.

Podríamos señalar que el liderazgo, además de proyectar el rol de cuidados de otras y otros (adscritos al rol tradicional de género), constituye un ejercicio que les permita integrar sus experiencias de vida difíciles, sus aprendizajes y colocarlos al servicio del bienestar común.

En este caso, sólo algunas mujeres mantienen una visión más crítica de la realidad, identificando condiciones estructurales para su situación de vida y las de sus comunidades. Podríamos señalar que hay claramente trayectorias de resiliencia, pero culturalmente escasa resistencia a las condiciones económicas y socioculturales.

El segundo estudio centra su análisis en las trayectorias políticas mediante un enfoque biográfico de mujeres mapuche lafkenche de las comunas de Tirúa, Saavedra y Toltén. Participan en el estudio 12 lideresas de diferentes edades (entre 25 y 70 años), pertenecientes a organizaciones comunitarias, y en un caso un cargo de representación política en el consejo municipal de su comuna.

En la región de La Araucanía, el territorio lafkenche es un espacio predominantemente rural y como todos los territorios habitados ancestralmente por el Pueblo Mapuche, tiene una larga trayectoria de despojo y colonización que ha marcado las historias de vida de sus habitantes y ha configurado una particular historia local de resistencia y negociación con el Estado y la sociedad chilena.



Territorio Lafkenche entre comunas de Tirúa y Toltén.

Fuente: Elaboración propia

De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística (INE, 2017), actualmente los habitantes de las comunas de Saavedra, Tirúa, y Toltén que se declaran pertenecientes al pueblo mapuche son un 80,6%, un 70,6% y un 43,1% respectivamente; y respecto a los índices de pobreza comunal la encuesta CASEN del 2017 indica un porcentaje de 35,8% para la comuna de Saavedra, un 35,1% para la comuna de Toltén y un 26,8% para la co-

muna de Tirúa. Es importante destacar en la comuna de Saavedra un significativo aumento del liderazgo de las mujeres en organizaciones comunitarias. Actualmente un 57% de éstas son lideradas por mujeres y un 20% están exclusivamente compuestas por mujeres (datos propios).

A partir del análisis de los relatos, se puede concluir que, en las trayectorias de las mujeres mapuche lafkenche entrevistadas, opera una intersección de opresiones. Emergen con mucha fuerza historias de abuso y discriminación. Estas violencias están presentes en los diferentes espacios de vida, la propia familia de origen, la comunidad, la escuela y el trabajo. Sus historias de vida muestran una cadena de eventos y condiciones que las violentan constantemente, tales como, pobreza extrema, malos tratos, abuso sexual, migración forzada, discriminación, violencia de género, entre otras. Esto tiene como telón de fondo el trauma histórico del pueblo originario del que forman parte, con un largo proceso de colonización y colonialidad que le somete a un conjunto de experiencias en que su cultura es invisibilizada, minorizada y excluida.

Se aprecia que las formas de violencias son directas (como el maltrato psicológico y económico y el abuso sexual), simbólica (como el tratamiento despectivo por razones culturales, económicas y de género), así como también se evidencia la violencia estructural (privaciones múltiples, falta de acceso a servicios básicos, falta de oportunidades de desarrollo, entre otros). Por otra parte, en su socialización se les transmite un modelo de mujer basado en el trabajo doméstico y de cuidados de la familia. Parte de su gestión como lideresas mapuche es no transgredir las normas culturales, porque representan a un pueblo, por lo tanto no está evidentemente permitido otro rol de mujer.

Destaca que tempranamente en sus trayectorias de vida deben asumir el rol de cuidado de la familia, lo que por una parte es un obstaculizador de su propio desarrollo como mujeres, pero a la vez es un detonador del liderazgo, ya que ellas se plantean el cuidado de otros/as como un propósito personal de reparación colectiva. Esto queda reflejado en las siguientes citas

“Me tocó hacer el papel de mamá de cuidar a mis hermanitas, mi hermano y trabajar por ellos, porque no había que echarle a la olla, no había qué comer”. (BLB1)

Este conjunto de experiencias adversas, les impulsan a desarrollar la resiliencia desde temprana edad. Ellas desarrollan recursos para afrontar estas situaciones y un estilo de funcionamiento que les permite “despegarse” de los eventos violentos y adversos y proyectarse hacia el futuro.

Entre las diversas estrategias de resiliencia que ellas muestran destacan: promover conversaciones incómodas para enfrentar directamente los conflictos; migrar para dejar atrás abusos y maltratos y buscar nuevas fuentes de ingresos y aprendizajes; aprender nuevos oficios y habilidades;

ser madres, enseñar y transmitir a sus hijos sus experiencias; vinculaciones significativas con quienes ejercen jefaturas en sus trabajos; aprendizaje del mapudungün (idioma del Pueblo Mapuche); fortalecer un legado traspasado como destino-misión; sacralizar ejemplos de padres y/o personas significativas; reconocer en sí mismas capacidades y potencialidades; ejercer el rol de liderazgo como forma de sanación y resignificación de su pasado, entre otros.

El liderazgo emerge en este marco precisamente como expresión del proceso de resiliencia. El ejercicio del liderazgo comunitario es una forma de dar continuidad a la ocupación y dedicación de los cuidados de los otros y otras, así como también un ejercicio de resiliencia que les permite de modo estratégico ir accediendo a recursos que les permiten aportar al bienestar de otras personas.

“Volví de nuevo y fue bueno igual, ahí ya tuve personalidad, porque antes... con esos gritos que me daban en la casa ya, poco menos que no me ganaba debajo de la mesa y ahí ya tuve personalidad, y me hizo bien, me hizo super bien, ya me puedo defender, puedo hablar, no me puedo callar y eso me hizo bien” (BE1S).

“Ser dirigente a mí me encanta. Estar ayudando a las personas y sobre todo a las mujeres porque la mujer mapuche, no ha sido fácil la vida de las mujeres mapuche.... como mi vocación que me hace estar de dirigente” (TE1A).

El servicio hacia los otros les permitiría legitimarse a sí mismas, con un quehacer que se alinea a mandatos culturales del ser mujer en la sociedad y cultura mapuche. En tanto también, el ejercicio del liderazgo, refleja una liberación de los determinantes sociales-culturales y estructurales procedentes tanto de la sociedad nacional, como desde el mundo mapuche; el liderazgo ofrece un lugar desde donde pueden resignificar sus experiencias traumáticas y dolorosas. En este sentido, el liderazgo emerge como organizador de la vida de las lideresas. Por último, habría una tercera dimensión que moviliza el liderazgo, que es la aceptación de un legado, aprendizaje procedente del linaje (*kupalme*). Esto implica asumir el compromiso con la cultura e identidad mapuche, esta vez desde un lugar renovado.

Los ejes motivacionales varían de un liderazgo a otro, sin embargo, la visión comunitaria está presente en todas ellas. Su compromiso por mejorar la vida de las personas, dándose a la labor de mediar y gestionar oportunidades que les permitan acceder a recursos de los que no disponen.

Al analizar los procesos de empoderamiento, podemos concluir que el empoderamiento de las entrevistadas trasciende lo individual, basando su liderazgo en la solidaridad, la organización social y la cooperación. Aportan al empoderamiento de sus organizaciones y comunidades, favoreciendo la

unión en torno a propósitos colectivos, por sobre las diferencias individuales.

En una visión integradora de los dos estudios, podemos concluir que el empoderamiento de las lideresas en ambos casos se da en la interacción del conjunto de condiciones personales y del contexto social, cultural y político en donde se ha desarrollado su liderazgo. En esa interacción, y a partir de sus características personales, entre las que destacan sus recursos socioemocionales, las lideresas desarrollan una capacidad de lectura y gestión del entorno, de las amenazas, pero también de las oportunidades. Esto surge fundamentalmente como capacidad debido a sus mismas historias de vida, marcadas por la adversidad permanente y por el desarrollo de la resiliencia como estrategia para hacer frente a las múltiples dificultades.

En el caso de la mayoría de las lideresas mapuche, se aprecia además una capacidad de análisis sociopolítico, fuertemente conectado a su identidad cultural y a la posibilidad de valorar o revalorar sus raíces culturales y mirar la realidad en perspectiva. Esto es posible a partir de la vitalización cultural que experimentan ellas y parte de sus comunidades, así como la posibilidad de haber vivido por algún período de sus vidas en otros espacios culturales. Esta vida entre mundos, ya sea por la experiencia escolar, laboral y/o por la migración campo ciudad, les permite reconocer el valor de su propia cultura, pero también incorporar recursos y estrategias para negociar culturalmente con la sociedad dominante. Observamos en este caso una combinación de resiliencia y resistencia, que les permite representar las aspiraciones de sus comunidades y de su pueblo, y lidiar con el sistema institucional del Estado para acceder a recursos y oportunidades para aportar en sus comunidades a mejorar la situación de vida de las personas que la componen.

La lectura estratégica de las oportunidades, en ambos grupos de lideresas, se da fundamentalmente en el contexto de políticas públicas orientadas a las mujeres vulneradas (principalmente empobrecidas e indígenas). En el caso de las lideresas mapuche, su posición de defensa y promoción de su cultura, se produce en un contexto de valoración creciente de revitalización cultural de las últimas décadas.

En ambos casos, la participación, inicialmente funcional, le permite a medida que ganan experiencia en organización social y liderazgo, desarrollar una mirada crítica, y, sobre todo, estratégica del entorno, avanzando en el acceso al poder. Sin embargo, aun una parte significativa de sus acciones de liderazgo están encaminadas en gestionar recursos y no directamente en reivindicar derechos.

Como ejercicio de empoderamiento, las lideresas logran realizar un análisis crítico de su contexto (con mayor énfasis las lideresas mapuche), establecen relaciones entre distintas dimensiones, reconocen la injusticia estructural, pero sus acciones cotidianas de liderazgo no apuntan direc-

tamente a subvertir esas condiciones estructurales, su propuesta es gestionar estratégicamente los recursos del entorno para mejorar concretamente sus condiciones de vida más próximas. Por otra parte, permanece en ellas una visión tradicional del rol de mujer y de la mujer mapuche (en el caso de las lideresas mapuche), sin un cuestionamiento crítico de ese rol.

Conclusiones

El liderazgo de las mujeres en el ámbito comunitario está orientado a sostener la vida en las condiciones más adversas. A partir de sus propias trayectorias de vida marcadas por experiencias de sobrevivencia a las múltiples violencias e intersección de opresiones, las lideresas desarrollan la capacidad de resiliencia que les permite, por una parte, el desarrollo de su propia vida, pero por otra, el ejercicio de un liderazgo orientando a las otras personas. Ellas son sensibles a las necesidades y potencialidades de la comunidad.

Sus condiciones de vida como mujeres marginadas de las oportunidades de desarrollo (por ser pobres, indígenas y/o rurales), les permite orientar el bienestar de sus comunidades de manera más pertinente y sentida. Paradójicamente, la socialización recibida en la cultura patriarcal las habilita (mejor que los hombres) a comprender las necesidades y dolores de las y los otros, manteniendo una orientación relacional, que las interconecta más profundamente con las vivencias de las personas y las necesidades más sentidas de sus comunidades.

Su liderazgo es, al menos en parte, contracultural porque ellas participan a pesar de que se les ha negado el derecho a participar, principalmente por razones de discriminación de género, clase y raza. Ganan espacios para acceder a recursos y toma de decisiones, en un formato que se distingue de los estilos de liderazgos prevalecientes entre los hombres. Ellas se orientan por el bien común, colocan énfasis en las relaciones de solidaridad y ayuda mutua, privilegiando a aquellas personas que se encuentran en condiciones más desfavorecidas.

Además, las lideresas desbordan al Estado, ya que utilizan las políticas públicas dirigidas a las mujeres vulneradas para acercarse al quehacer público, antes negado para las mujeres, ejerciendo el rol de mediadoras en aquellos lugares y espacios donde el Estado no llega por su desarraigo y verticalidad, especialmente en períodos de mayor crisis.

Es necesario reconocer, que para la realidad chilena (especialmente en el espacio rural), las mujeres lideresas interconectan a las comunidades con el Estado y otras entidades. Sin ello, muchos recursos y apoyos no llegarían a aquellos grupos más excluidos de los sistemas de protección. Ellas constituyen un puente que permite que los precarios sistemas de

cuidados operen en una lógica de proximidad territorial y afectiva. Ellas además dinamizan estos sistemas de cuidado, interconectando la vida comunitaria con otros espacios de difícil acceso para las personas de las comunidades.

Cabe destacar, que las mujeres lideresas, se constituyen en verdaderos referentes en el diálogo intercultural. Especialmente las lideresas mapuche demuestran su habilidad para establecer vinculaciones entre culturas distintas.

Es importante considerar que, si bien la comunidad tiene un papel clave para propiciar la autoorganización, la socialización y atención de proximidad de los cuidados, en la práctica observamos que las mujeres desempeñan un rol central en dinamizar estos procesos. Entendemos sin embargo que el Estado sigue siendo esencial para impulsar, acompañar y complementar las experiencias comunitarias, pero ello debe acontecer respetando sus lógicas, recursos y particularidades. Su función pública radica en proveer bienes públicos que garanticen la universalidad del control de las condiciones materiales y afectivo-relacionales de nuestra existencia.

La crisis de los cuidados necesariamente se debe abordar con políticas públicas y también con gestión comunitaria, con estrategias que desmonten las lógicas del patriarcado, el capital y el colonialismo. Debe garantizarse la complementariedad entre políticas públicas que aseguren el acceso a derechos básicos y políticas públicas que apunten a los derechos colectivos en el contexto de un Estado democrático, que promueva y asegure la participación efectiva, la organización social y el fortalecimiento del tejido comunitario para la justicia social y territorial.

Las lideresas, son aliadas estratégicas en estos propósitos, pues ellas demuestran una visión comprensiva de la responsabilidad colectiva que conlleva los cuidados. Ellas asumen el cuidado de la comunidad con ese sentido profundo del bien común.

Referencias

- Araujo, J., Marinho, E., y Campêlo, G. (2017). Crecimiento económico y concentración del ingreso: sus efectos en la pobreza del Brasil. *Revista CEPAL*.
- Arriagada, I. (2010). La crisis de cuidado en Chile. *Revista de Ciencias Sociales*, 27,58-67. [fecha de Consulta 18 de octubre de 2022]. ISSN: 0797-5538. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=453646114006>
- Barria-Asenjo, N; Žižek; S.; Scholten, H. Salas, G; Zambrano; A.; Gallo, J.; Gómez, E.; Uribe, J. (en prensa) *Deglobalizing COVID-19: the pandemic from a decentered perspective*.

- Bravo, D., Castillo, E. y Hughes, E. (2020). *Estudio longitudinal empleo – Covid-19: Datos de empleo en tiempo real*. Seminario del Centro UC de Encuestas y Estudios Longitudinales, realizado el 13 de agosto de 2020.
- Cantilo, M.; Lleopart, T. y Ezquerra, S. (2018). El cuidado informal en tiempos de crisis. Análisis desde la perspectiva enfermera. *Enferm. glob.[online]*. 17(50).
- Contardo, O. (2020). *Antes de que fuera octubre*. Editorial Planeta Chilena S.A.
- Gálvez, L. y Rodríguez-Modroño, P. (2016). Una crítica desde la economía feminista a la salida austericida de la crisis. *Atlánticas: revista internacional de estudios feministas*, 1(1), 8-33.
- García S., P. y Pérez N., C. (2017). Desigualdad, inflación, ciclos y crisis en Chile. *Estudios de Economía*, 44(2), 185-221. <http://doi.org/d3fh>
- Instituto Nacional de Estadísticas. (2018). Memoria del Censo 2017. Recuperado de https://www.censo2017.cl/memoria/descargas/memoria/libro_memoria_censal_2017_final.pdf
- Kagan, C.; Akhurst, J.; Alfaro, J.; Lawthom, R.; Richards, M. y Zambrano, A. (2022). *The Routledge International Handbook of Community Psychology: Facing Global Crises with Hope*. New York: Routledge.
- Lugones, M. (2003). *Pilgrimages/Peregrinajes: Theorizing Coalitions Against Multiple Oppressions*. Lanham, Rowman & Littlefield.
- Monitoreo Nacional de Síntomas y Prácticas COVID-19 en Chile (MOVID-19). (2020). *¿Cuál ha sido el impacto de la pandemia en las labores de cuidado? Un análisis desde una perspectiva de género*. <https://www.movid19.cl/publicaciones/once-informe/>
- Morales, F. (1993). Resistencia indígena ante las políticas etnocidas del Estado-Nación. *Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, (11)44, 487-500.
- Olabegoya, R. (2006). La protección civil y las catástrofes naturales. *Ingeniería y Territorio*, (74), 82-87.
- Rivera, M., Velázquez, T. y Morete, R. (2014). Participación y fortalecimiento comunitario en un contexto post-terremoto en Chíncha, Perú. *Psicoperspectivas*, (13)2, 144-155.
- Rodríguez-Villasante, T. (2007). Estilos y epistemología en las metodologías participativas. *Revista Política y Sociedad*, (1)44, 123-148.
- Rutter, M. (1993). Resilience: some conceptual considerations. *Journal of adolescent health*.

- Uriarte, J. (2010). La resiliencia comunitaria en situaciones catastróficas y de emergencia. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, (1)1, 687-693.
- Vega, C., Martínez, R. y Paredes, M. (2018). *Cuidado, comunidad y común. Extracciones, apropiaciones y sostenimiento de la vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Vega-Solís, C. (2019). Reproducción social y cuidados en la reinención de lo común. Aportes conceptuales y analíticos desde los feminismos, *Revista de Estudios Sociales*, 70, 49-63.
- Zambrano, A., Chacón, S, Sanhueza, H. y Campos, M. (2022). En C. Kagan, J. Akhurst, J. Alfaro, A. Zambrano, R. Lawthom and M. Richards (eds). *Routledge International Handbook of Community Psychology: Facing Global Crises with Hope*. Routledge.
-

Fecha de recepción: 10 de enero de 2025

Fecha de aceptación: 07 de febrero de 2025